

ALFONSO LÓPEZ QUINTÁS, *El ascenso a la creatividad. Autobiografía dialogada con Catalina Elena Dobre y Rafael García Pavón*

Porrúa/Universidad Anáhuac, México 2016, pp. 368
ISBN: 978-607-09-2529-0

Si alguien admira ya a Alfonso López Quintás, este libro le ayudará a entender más profundamente las claves de su pensamiento. Si el lector aún no lo conoce, definitivamente este libro se posicionará como *la obra* introductoria a su labor humanista-personalista y educadora.

Me parece que pueden distinguirse sin separarse tres aspectos en esta autobiografía: las cuestiones anecdótico-personales, la actividad de López Quintás como sacerdote mercedario, y su labor como profesor, conferencista y fundador de proyectos educativos. Sin soslayar la riqueza que el lector encontrará en los dos primeros, me centraré en el último, por ser la intención misma de López Quintás: “Y así nacieron estas *Memorias dialogadas*, de carácter más bien intelectual, dirigidas a subrayar cuestiones que puedan interesar a los educadores y a los investigadores de temas humanísticos” (p. 19).

El inicio es ya un lugar común: la crisis en el ámbito educativo en general o “la emergencia educativa”. Siguiendo a Husserl, López Quintás constata que “nuestro riesgo actual radica en la pereza intelectual que nos lleva a desistir de buscar la verdad, mantener la fidelidad a nuestras raíces culturales y espirituales” (p. 20). Pero lo que ya no es un lugar común es la actitud y la respuesta de López Quintás, el cual ha trabajado toda su vida por entender cómo se puede hoy, en medio de publicidad y tecnología, llevar a los niños y jóvenes a mantener siempre el espíritu curioso, inquisitivo, que después se traduce en comprensión y acción comprometida en favor de los demás.

El capítulo 1 habla sobre sus orígenes al tiempo que hace una interesante reflexión sobre Europa. López Quintás destaca la “atmósfera pedagógica” en la cual creció: “Se nos educaba para afrontar la vida” (p. 30). Después de la guerra, la tarea era clara, aunque titánica: restaurar Europa para superar el rencor. La restauración solo es posible si se regresa a la esencia misma de lo que se es. ¿Qué es Europa? “Una realidad llena de energía y vida, una figura espiritual activa [...]. Esta esencia y ese espíri-

tu proceden de tres ingredientes básicos: el afán griego de comprender racionalmente la vida y el universo, crear belleza y descubrir su sentido más hondo; el amor romano al orden, la legalidad y la eficacia; y la orientación trascendente del cristianismo” (pp. 51-52). Para nuestro autor, Europa puede superar el individualismo con la solidaridad y la unidad. Pero para ello se necesita realizar una gran tarea de “clarificación intelectual”, de “pensamiento enérgico” (Fichte), una “mirada profunda” (p. 55). Desde entonces, López Quintás tiene claro que el ser humano necesita una formación integral: “La verdadera libertad la adquiere el hombre cuando integra todas sus dimensiones: es libre, pero depende de multitud de realidades que le ofrecen posibilidades de acción creativa; es autónomo en vinculación a entidades e instancias que le vienen de fuera y debe hacerlas íntimas; es finito, pero tiene anhelos ilimitados; es menesteroso, pero digno de respeto incondicional” (p. 54).

El capítulo 2 versa sobre su formación al tiempo que expone su método: niveles de realidad, doce descubrimientos, condiciones y frutos del encuentro. No sorprende la enorme actividad desplegada por López Quintás después de ver las enormes influencias (muchas de ellas personales) que tuvo durante su formación: Peter Liepert, Karl Adam, Hans Urs von Balthasar y, sobre todo, Romano Guardini; también leyó filosofía “en estado naciente”: Bergson, Scheler, Ebner, Carrel. Por ello critica fuertemente los manuales, tan comunes es su época: “Con manuales es harto difícil formar investigadores” (p. 59). Me parece muy rescatable su valoración de la filosofía dentro de la educación en general: “El arte del buen pensar, de distinguir niveles de realidad y clarificar la lógica de cada uno” (p. 63). En la segunda parte del capítulo explica nuevamente las ya conocidas condiciones del encuentro: generosidad, apertura al otro, confianza mutua, veracidad, cordialidad, fidelidad y paciencia. Recuerda el ajuste del ser humano a los ritmos naturales, y define el cuerpo humano como “manifestación sensible de toda la persona, comunicación, participación en valores elevados” (p. 73). Los frutos del encuentro son energía interior, alegría, entusiasmo y felicidad, y señala lo que no puede faltar en toda vida humana con sentido: “El valor más grande de nuestra vida es la creación de relaciones de encuentro, o, lo que es igual, de modos muy elevados de unidad” (p. 75). Asimismo, explica nuevamente sus doce descubrimientos: 1) objetos; 2) ámbitos o realidades abiertas; 3) experiencias reversibles; 4) encuentro; 5) ideal de la unidad; 6) libertad interior; 7) el sentido de la vida; 8) la creatividad; 9) la relacionalidad; 10) el lenguaje como vehículo del encuentro; 11) la diferencia entre vértigo y éxtasis; 12) la sensibilidad como lugar de expresión del amor auténtico, así como los niveles de realidad: 1) el de los objetos; 2) el de la creativi-

dad y el encuentro; 3) el de los grandes valores: unidad, verdad, justicia, belleza; 4) el religioso.

En el capítulo 3 nos habla de sus estudios e influencias posteriores. Entre estas últimas sobresalen Peter Wust, José María Javierre y el director de orquesta Rafael Frühbeck de Burgos. Las corrientes de pensamiento que encontró y en las que se formó fueron la fenomenología existencial y el pensamiento dialógico o personalista. Por medio de ellas aprendió que la docencia es una auténtica vocación: “La persona dedicada al estudio por oficio debe servir a la verdad incondicionalmente, pero siempre con una meta: iluminar la vida de tal modo que resalte lo más valioso, lo más eficaz para que todos asciendan a los niveles más fecundos” (p. 102). Además, él mismo nos dice cuáles son sus obras constructivas: la trilogía metodológica: *Metodología de lo suprasensible* (1963); *El triángulo hermenéutico. Hacia una filosofía de los ámbitos* (1971) y *Estética de la creatividad. Juego. Arte. Literatura* (1998) y *Cinco grandes tareas de la filosofía actual* (1977).

Los capítulos 4, 5 y 6 narran sus posteriores influencias y encuentros, por ejemplo, con Hans-Georg Gadamer, de quien tomó la inspiración para aplicar la categoría de juego a la interpretación literaria y artística. Por cierto, López Quintás subraya una y otra vez la importancia de la música en la elaboración de su(s) método(s): “Al interpretar una obra, todo el ser del músico entra en ebullición creativa: manos e inteligencia, sentimiento y razón, memoria y corazón” (p. 129). Además, la experiencia de la interpretación musical es semejante a la experiencia ética, axiológica, metafísica y/o religiosa (p. 130).

Obligado por las circunstancias a crear un nuevo método “ético” o de desarrollo personal, descubre la esencia de la labor docente: “El fin del profesor es sembrar inquietudes, ofrecer vías para saciarlas, preparar a los alumnos para proseguir esta labor con las nuevas generaciones” (p. 133). Y más adelante: “Ser maestro es más una vocación que un oficio... mi tarea en la vida era lograr un método adecuado a una sólida formación humana” (p. 141).

Anecdóticamente, habla de la importante labor del traductor y del poco aprecio por los traductores, así como del hecho de que las tesis doctorales no pueden basarse en traducciones.

Los capítulos 7, 8, 9, 12 y 13 hablan de sus actividades asistenciales y apostólicas, de reconocimientos y de recuerdos personales, pero en medio de ellos es que se forjó la orientación precisa de su método pedagógico-educativo: “Descubrir un método de pensamiento que permita a

la gente ordenar la mente, ganar poder de discernimiento y descubrir claves de orientación que nos permitan superar los prejuicios y confusiones que bloquean nuestra vida intelectual y espiritual” (p. 158).

El capítulo 10 (el más extenso) y el 11 son los principales puesto que están dedicados a “los ocho métodos formativos” y a “cultura y educación”. Aquí pudiera estar uno de los puntos débiles del libro, puesto que son *demasiados* métodos: 1) aprender a pensar y expresarse con rigor, 2) el descubrimiento del amor auténtico, 3) la conversión de profesores en formadores, 4) convertir la literatura de calidad en una fuente de formación humana, 5) descubrir el poder formador del cine de calidad, 6) descubrir el poder formativo del arte, 7) los valores son fuentes de posibilidades, 8) conservar la libertad creativa en una sociedad manipuladora. Yo los reduciría a la mitad: 1-3-7; 2; 4-5-6; 7. Lo común a todos ellos es que el profesor no debe enseñar, sino “ayudarles a que ‘descubran’ ellos, por sí mismos, las leyes de su crecimiento personal” (p. 194); que el pensar es un arte que se aprende (p. 202); que todo pensar es relacional, no relativista (p. 204). Considero el método 1 y el 8 como los mejor logrados, pero el último, de más urgencia de cara a los nacionalismos y populismos actuales. López Quintás aconseja estar alerta, pensar con rigor y vivir creativamente (p. 306).

Se agradece a Catalina Dobre y Rafael García Pavón por esta iniciativa para acercar el pensamiento del gran educador personalista a los hombres y mujeres de hoy.

CARLOS GUTIÉRREZ LOZANO